

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, DISPUTA CON MAXIMINO, OBISPO
ARRIANO. (C)

1. Cuando Agustín y Maximino se reunieron en un mismo lugar en Hipona, en presencia de muchos, tanto clérigos como laicos, MAXIMINO dijo: No vine a esta ciudad con el propósito de debatir con tu Reverencia, sino que fui enviado por el conde Segisvulto con la intención de la paz. En verdad, al presbítero Eraclio, que me trató con un pacto amistoso, le respondí como pude, aunque fui provocado por él; y tanto se encendió, que incluso provocó tu llegada contra mí. Y porque tu Reverencia se dignó a hacerle una injuria, si preguntas, en lo que pueda te responderé. Si dices algo razonable, es necesario que lo siga. Pues si presentas algo de las Escrituras divinas, que es común a todos, es necesario que lo escuchemos: pero aquellas voces que están fuera de la Escritura, de ninguna manera las aceptamos: además, cuando el mismo Señor nos advierte y dice, En vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres (Mat. XV, 9).

2. AGUSTÍN dijo: Si quisiera responder a todo esto, también parecería que estoy evitando llegar al asunto. Por lo tanto, para que rápidamente tratemos lo que nos ocupa, dime tu fe sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

MAX. respondió: Si preguntas por mi fe, yo mantengo la fe que en Rímini fue expuesta y firmada por trescientos treinta obispos.

3. AGUSTÍN dijo: Ya lo he dicho, y repito lo mismo, porque no quisiste responder: Di tu fe sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

MAX. respondió: Como no he dejado de responder, ¿por qué me acusa tu Reverencia, como si no hubiera dado respuesta?

4. AGUSTÍN dijo: Dije que no quisiste responder, porque mientras yo te pedía que me dijeras tu fe sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, lo cual ahora también pido, no me dijiste tu fe, sino que mencionaste el concilio de Rímini. Quiero conocer tu fe, qué crees, qué piensas sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Si te dignas, lo escucharé de tu boca. No me envíes a esos escritos, que ahora o no están a mano, o no estoy obligado por su autoridad. Di qué crees sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

MAX. respondió: No quise mencionar el decreto del concilio de Rímini para excusarme, sino para mostrar la autoridad de los Padres, quienes según las Escrituras divinas nos transmitieron la fe que aprendieron de las Escrituras divinas. Pero si te place; porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación (Rom. X, 10): estamos instruidos y preparados para responder a todo el que nos pida razón de la fe y esperanza que hay en nosotros (I Pedro III, 15): y además cuando el mismo Señor Jesús dice, A quien me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos; y a quien me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos (Mat. X, 32, 33): temiendo este peligro, aunque no ignoro las leyes imperiales, sin embargo, instruido por el precepto del Salvador, quien nos advirtió y dijo, No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Ibid., 28); respondo claramente: Creo que hay un solo Dios Padre, que no recibió la vida de nadie; y que hay un solo Hijo, que lo que es y lo que vive, lo recibió del Padre para ser; y que hay un solo Espíritu Santo Paráclito, que es iluminador y santificador de nuestras almas. Y esto lo afirmo de las Escrituras divinas. Si lo ordenas, prosigo con los testimonios: si en algo tu Reverencia me reprende, daré respuesta en aquello en lo que parezca ser reprendido.

5. AGUSTÍN dijo: Me inquieta que hayas mencionado al Espíritu Santo como nuestro iluminador de manera particular; como si Cristo no fuera nuestro iluminador. De esto primero quiero oír de ti qué piensas.

MAX. respondió: Nosotros reconocemos a un solo autor, Dios Padre, de quien toda iluminación desciende por grados. Pues el apóstol Pablo da testimonio de sí mismo en los Hechos de los Apóstoles, diciendo. Así nos mandó Dios; y entre otras cosas, Te he puesto como luz de los gentiles (Hech. XIII, 47). Si el Apóstol fue puesto como luz de los gentiles como doctor, cuánto más el Espíritu Santo, que es iluminador del Apóstol; en quien también el Apóstol habló, según las palabras del mismo Apóstol, porque nadie puede decir Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3)? Sin duda el Espíritu Santo es iluminador, quien iluminó al Apóstol. Pero el Espíritu Santo recibió de Cristo, según el testimonio del mismo Cristo, como dice en el Evangelio: Muchas cosas tengo que decirlos, pero ahora no las podéis llevar: pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda verdad. Porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os anunciará lo que ha de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo anunciará (Juan XVI, 12-14). Por lo tanto, el Espíritu Santo recibió de Cristo, según el testimonio de Cristo. Sin duda alguna, Cristo mismo confiesa que, Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió, el Padre (Juan VII, 16); y, Lo que he visto y oído de mi Padre, eso hablo (Id. VIII, 38). Ya sea que Cristo nos enseñe e ilumine, el Padre ilumina quien lo envió; ya sea que el Espíritu Santo ilumine, la iluminación recurre al autor, que es la fuente de bondad: de quien, ya sea el bienaventurado Apóstol, o incluso todos los santos, iluminan a los creyentes, pero esta iluminación recurre a un solo autor. Y por eso decía el profeta: El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré? (Sal. XXVI, 1).

6. AGUSTÍN dijo: Yo no niego que el Espíritu Santo ilumine; pero si también Cristo ilumina por sí mismo, y el Padre ilumina por sí mismo, o si no iluminan sino por el Espíritu Santo: esto pregunté brevemente, esto pregunto.

MAX. respondió: Creo que no le es desconocido a tu Reverencia, que el bienaventurado apóstol Pablo dijo, Pero cuando se manifestó la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó, por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros abundantemente, por Jesucristo nuestro Salvador (Tit. III, 4-6). Según esta regla digo que el Espíritu Santo es iluminador por el Hijo: como se dijo antes, Que derramó en nosotros abundantemente, por Jesucristo nuestro Salvador. Ya he dado respuesta: porque ya sea que Pablo ilumine, esta iluminación recurre al autor Dios Padre; ya sea que el Espíritu Santo ilumine, la iluminación recurre al autor: ya sea que Cristo ilumine, la iluminación recurre al autor. Y enseñado por esta doctrina de Cristo, prosigo, como dice el mismo Cristo: Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen; y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Y de nuevo dice: Yo y el Padre uno somos (Juan X, 27-30). Por lo tanto, para defender a las ovejas, para iluminarlas, el Padre y el Hijo son uno, concordes y unánimes según esta razón que has escuchado, Porque nadie puede arrebatar de mi mano las ovejas que el Padre me dio: de igual manera tampoco de la mano del Padre.

7. AGUSTÍN dijo: Hablas de cosas necesarias, pero no para el caso. No has respondido a mi pregunta, y sin embargo has dicho muchas cosas. Si quisieras, dejando de lado la cuestión que se discute entre nosotros, recitar todo el Evangelio, ¿qué días serían suficientes, cuánto

tiempo sería necesario? Dime brevemente, ya que te pregunté, si Cristo ilumina por sí mismo, o no ilumina sino por el Espíritu Santo. No solo no quisiste responder a esto, sino que si no me engaña lo que escuché, más bien dijiste que el Espíritu Santo ilumina por Cristo.

MAX. respondió: No es apropiado en la religión, además cuando hablamos de Dios, introducir calumnias. Yo he dado respuesta, y si no son suficientes las cosas que hemos dicho, añadimos testimonios, porque por Jesucristo el Espíritu Santo ha sido derramado en todos los creyentes. Así leemos que el bienaventurado Pedro dijo: A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que ahora veis y oís (Hech. II, 32-33). Dije que todo lo que el Espíritu Santo nos sugiere, lo ha recibido de Cristo. Recurre a los testimonios antes dados, y lo encontrarás así.

8. AGUSTÍN dijo: Cuando intentas probar lo que yo no niego, consumes tiempo necesario en cosas superfluas. Yo no niego que el Espíritu Santo haya sido derramado sobre los creyentes por Cristo. Inútilmente quisiste probar esto con tantos testimonios, lo que yo mismo confieso. Yo dije esto, pregunté esto, lo digo de nuevo: si Cristo ilumina por el Espíritu Santo, o el Espíritu Santo ilumina por Cristo; porque dijiste anteriormente que el Espíritu Santo ilumina por Cristo. Pero si no lo recuerdas, que se reciten tus palabras en los Actos, para que aparezca que hemos ordenado recitarlas, y probaré que dijiste lo que pregunto.

MAX. respondió: La prueba era necesaria, si no te hubieras complacido a ti mismo. Ya has declarado en los testimonios que presenté, o en la razón que di, que tú mismo lo tienes así. Como esta cuestión ya está resuelta, plantea otra para que te responda. Pues ya has declarado que en esta cuestión se te ha satisfecho.

9. AGUSTÍN dijo: Dijiste que el Espíritu Santo ilumina por Cristo, ¿o no lo dijiste? Te ruego que te dignes responderme brevemente una de dos cosas. ¿Lo dijiste, o no lo dijiste?

MAX. respondió: Yo profesé que el Espíritu Santo, según la enseñanza del Salvador, ya sea que ilumine, lo ha recibido de Cristo; ya sea que enseñe, lo ha recibido de Cristo; todo lo que el Espíritu Santo hace, lo ha recibido del unigénito Dios: y si son pocos los testimonios, añadido.

10. AGUSTÍN dijo: Para que no diga que le calumniamos, que se lean sus palabras un poco más arriba.

El notario Antonio recitó el lugar: Digo que el Espíritu Santo y profeso que es iluminador por el Hijo, como se dijo antes, que derramó abundantemente en nosotros, por Jesucristo nuestro Salvador. Y cuando se recitó:

MAX. respondió: Como parece, tú más bien te dedicas a la dilación, para que no recurramos a la causa principal, sino que quieres mantenernos todo el día en una sola cuestión con argumentos. Nosotros recitamos, que por el Hijo el Espíritu Santo ha sido derramado, y no solo presentamos al bienaventurado Pablo como testigo, sino también a Pedro, el primero de los Apóstoles. Nuestra exposición tiene que el Espíritu Santo ha recibido de Cristo, según el testimonio precedente: Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará. Compulsado de nuevo digo, que ya sea que el Espíritu Santo ilumine, ya sea que enseñe, ya sea que instruya, todo lo ha recibido de Cristo; porque por Cristo fueron hechas todas las cosas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Juan I, 3). Cristo dice que ha recibido todas estas cosas de su Padre, y vive por el Padre, y toda lengua confiesa que Jesucristo es

Señor, para gloria de Dios Padre (Filip. II, 11). Y porque la cabeza de todo hombre es Cristo; la cabeza de la mujer, el hombre; y la cabeza de Cristo, Dios (I Cor. XI, 3). Y porque el Espíritu Santo está sujeto al Hijo: y porque el Hijo está sujeto al Padre, como el más querido, como obediente, como bueno nacido del bueno. Pues el Padre no engendró algo contrario a sí mismo: sino que engendró a uno tal, que también clama y dice, Yo hago siempre lo que le agrada al Padre (Juan VIII, 29).

11. AGUSTÍN dijo: Si tanto Cristo ilumina por el Espíritu Santo, como el Espíritu Santo ilumina por Cristo, el poder es igual. Pero tú léeme que el Espíritu Santo está sujeto a Cristo, lo que dijiste poco antes. Pero lo que dices que el Señor dijo del Espíritu Santo, Tomará de lo mío; se dijo porque lo recibió del Padre, y todas las cosas que son del Padre, sin duda también son del Hijo. Pues él mismo, cuando dijo esto, añadió, Por eso dije, Tomará de lo mío; porque todo lo que tiene el Padre, es mío (Id. XVI, 14, 15). Di entonces lo que pregunté, y prueba con testimonios, que el Espíritu Santo está sujeto a Cristo: cuando más bien leemos que él mismo dice, El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres (Luc. IV, 18). Si él mismo dijo que el Espíritu Santo está sobre él, ¿cómo dices tú que el Espíritu Santo está sujeto a Cristo? Pero Cristo dijo que el Espíritu Santo está sobre él: no porque esté sobre el Verbo de Dios, que es Dios; sino porque está sobre el hombre, que el Verbo se hizo carne. Pues donde está escrito, El Verbo se hizo carne (Juan I, 14); no es otra cosa que, El Verbo se hizo hombre. Porque, Verá toda carne la salvación de Dios (Is. XL, 5); no es otra cosa que, Todo hombre. Y, En la ley no se justificará toda carne (Rom. III, 20); no es otra cosa que, Todo hombre. Por lo cual, pues, El Verbo se hizo carne, y él mismo se anonadó, tomando forma de siervo (Filip. II, 7), desde esa forma de siervo dijo, El Espíritu del Señor está sobre mí. Pues el poder es igual, una sustancia es, la misma divinidad. Por eso, aunque adoramos a la Trinidad, porque el Padre no es el Hijo, ni el Hijo es el Padre, ni el Espíritu Santo es el Padre o el Hijo: sin embargo, adoramos a un solo Dios, porque esa misma conjunción inefable y excelsa de la Trinidad muestra un solo Dios, un solo Señor. Por eso se dijo: Escucha, Israel; el Señor tu Dios, el Señor uno es (Deut. VI, 4). ¿Qué quieren hacernos, dos dioses y dos señores? Dicen Señor Padre y Dios Padre, dicen Señor Cristo y Dios Cristo: pregunto, si ambos juntos son uno. Responden, Dos dioses. Resta que también les hagan templos e ídolos.

MAX. respondió: Los autores de la religión nunca se convierten en calumniadores. Preguntaste por testimonios, para que lo que profesé lo demostrara con testimonios: y tú mismo profesas iguales y pares a tres, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Y además, cuando profesaste tres iguales, de nuevo presentaste un testimonio de las Escrituras divinas, no referente a la igualdad, sino a la singularidad del Dios omnipotente, que es uno el autor de todos. Por lo tanto, porque también eres mayor en edad, y mayor en autoridad, presenta, instruye primero con testimonios, que son tres iguales, tres omnipotentes, tres innatos, tres invisibles, tres incapaces: y entonces será necesario que nos sometamos a los testimonios. Si no puedes dar razón de las Escrituras divinas, es necesario que, en todo lo que dije anteriormente: ya sea del Padre solo que lo que vive no lo recibió de nadie, ya sea del Hijo, lo que profesé, que lo que vive lo recibió del Padre, ya sea del Espíritu Santo lo que dije: también tantos testimonios como desees presentaré.

12. AGUSTÍN dijo: Lo que pregunté para que te dignaras decir, no lo dijiste, con qué testimonio pruebas que el Espíritu Santo está sujeto a Cristo: sin embargo, respondo a lo que propusiste. Así no decimos tres omnipotentes, como no decimos tres dioses. Pues si de cada uno se nos pregunta, si el Padre es Dios; respondemos, Dios: si el Hijo es Dios; respondemos, Dios: si el Espíritu Santo es Dios; respondemos, Dios. Pero cuando se nos pregunta de todos, si son tres; nos remitimos a la Escritura divina que dice, Escucha, Israel; el Señor tu Dios, el

Señor uno es. Y en esta prescripción divina aprendemos, que esa misma Trinidad es un solo Dios. Así también si se pregunta de cada uno, si el Padre es omnipotente; respondemos, Omnipotente: si el Hijo; respondemos lo mismo: si el Espíritu Santo; tampoco negamos que es omnipotente. Sin embargo, no decimos tres omnipotentes, como no decimos tres dioses: sino que así como esos tres juntos son un solo Dios, así esos tres juntos son un solo omnipotente, y un solo Dios invisible es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Inútilmente, pues, piensas que nos limitamos por el número, cuando el poder de la divinidad excede incluso la razón del número. Pues si las almas de muchos hombres, al recibir el Espíritu Santo y de algún modo infladas por el fuego de la caridad, hicieron un alma, de la cual dice el apóstol, Era para ellos un solo corazón y un solo alma (Hech. IV, 32): tantos corazones, tantos miles de corazones, un solo corazón hizo la caridad del Espíritu Santo; tantos miles de almas un alma dijo el Espíritu Santo, que él mismo hizo un alma: cuánto más decimos un solo Dios, siempre unidos entre sí e inseparablemente y con una caridad inefable el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

MAX. respondió: Y por lo tanto dijiste que son iguales y semejantes, lo cual no pudiste demostrar con testimonios, y por esta razón te desviaste hacia otra causa. Nosotros no dudamos, sino que conocemos con fe cierta, que había un solo corazón y alma entre todos los creyentes. Esto no prejuzga nuestra religión, sino que más bien concuerda con ella. Sin duda, si todos los creyentes tenían un solo corazón y alma, ¿por qué no se diría que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno en consenso, en concordia, en caridad, en unanimidad? ¿Qué hizo el Hijo que no agradó al Padre? ¿Qué mandó el Padre en lo que el Hijo no obedeció? ¿Cuándo el Espíritu Santo transmitió mandatos contrarios a Cristo o al Padre? Y es claro, según la sentencia del Salvador, que dijo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30); que ellos son uno en concordia y consenso. Como tú mismo profesaste, el Padre es Padre, quien nunca fue Hijo; el Hijo es Hijo, quien siempre permanece Hijo; y el Espíritu Santo es Espíritu Santo, lo que es y lo que leemos, profesamos del Espíritu Santo, en este Espíritu Santo, que es tan grande y tal, que incluso los mismos ángeles desean contemplarlo (1 Pedro 1, 12). Tan grande es este Espíritu Santo, que basta para recibir las peticiones de todos en todas partes y para ejercer la advocación. Y en esto presento como testigo al bienaventurado Pablo, quien dice: "Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Rom. 8, 26). Lo que leo, creo, porque el Espíritu Santo intercede con gemidos indecibles. Y por eso, instruido por esta enseñanza, digo que el Espíritu Santo está sujeto hasta el punto de interceder por nosotros con gemidos. Sin embargo, profeso un solo Dios, no para que tres sean uno, sino que hay un solo Dios, incomparable, inmenso, infinito, innato, invisible, a quien el mismo Hijo ora y ha orado, ante quien el Espíritu Santo ejerce la advocación. Pues aunque el Hijo ora al Padre; aunque soléis aplicar todos esos testimonios que leemos en el santo Evangelio al cuerpo; sin embargo, nos corresponde a nosotros, al escudriñar las Escrituras divinas, mostrar que ahora, sentado a la derecha del Padre, intercede por nosotros. Por eso dije, y ha orado y ora; porque ahora ciertamente intercede por nosotros, como dice el Apóstol: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió, más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros" (Rom. 8, 33-34). Igualmente, cuando Cristo estaba con los discípulos, prometió que rogaría, diciendo: "Si me amáis, guardad mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Juan 14, 15-17). Si esto es suficiente, está bien: si no, añadiré cuantos testimonios ordenes.

13. AUG. dijo: No debes probarnos lo que confesamos. Pues haciendo esto, como dije antes, no haces más que consumir tiempo innecesario. Sabemos que el Hijo de Dios es el Hijo de Dios: sabemos que no es de sí mismo, sino que fue engendrado por el Padre. Pero el mismo Padre es no engendrado, no es de nadie, no recibió la vida de nadie: el Hijo, sin embargo, recibió la vida del Padre, pero no de tal manera que alguna vez estuvo sin vida, para recibir la vida. Pues le dio vida, engendrando vida: engendrando con vida, le dio vida. Y mostró la igualdad diciendo: "Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo" (Juan 5, 26). El Padre tiene vida en sí mismo; el Hijo tiene en sí mismo una vida igual a la del Padre: pero el Hijo no recibió la vida de sí mismo, porque no nació de sí mismo, sino que nació del Padre. Le dio vida al engendrarlo, no porque ya era el Hijo sin vida, y le dio vida, como nosotros, pecadores, nos convertimos en sin vida, y por indulgencia y gracia recibimos vida: él recibió vida del Padre, porque nació vida del Padre. Y por lo tanto, no pudiste decir que el Espíritu Santo está sujeto al Hijo, sino porque intercede por nosotros con gemidos. Pues te parece que esa perfección de santidad está siempre en gemidos, y no respira de gemir. ¡Oh eterna miseria! Entiende la locución, y evitarás la blasfemia. Pues así se dijo, "Intercede con gemidos"; para que entendiéramos, nos hace interceder con gemidos. Pues está con nosotros, y al infundirnos caridad, nos hace interceder con gemidos. Finalmente, en otro lugar cuando el Apóstol dice, "Clamando, Abba, Padre" (Gál. 4, 6); en otro lugar dice, "En quien clamamos, Abba, Padre" (Rom. 8, 15): explicó qué significa, "Clamando, Abba, Padre"; diciendo, "En quien clamamos". Y por lo tanto, ¿qué es, "Clamando", sino, haciendo clamar? Doy un ejemplo de esta locución. ¿No es Dios omnisciente de todas las cosas futuras? ¿Quién negará esto, sino un insensato? Sin embargo, dice el Apóstol, "Ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios" (Gál. 4, 9). Si ahora Dios los conoció, no los conocía, no los había elegido, no los había predestinado antes de la constitución del mundo. Pero así dijo, "Ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios"; para que entendieran que Dios había hecho en ellos su conocimiento. Conociendo a Dios. ¿Qué es, "Conociendo a Dios"? No os arrogéis, no os enorgullezcáis: "Sois conocidos por Dios". ¿Qué es, "sois conocidos por Dios"? Dios os hizo sus conocedores: Dios os dio para que conocierais. Como es también aquello del Señor: "Ahora conozco", dice el Señor a Abraham, "Ahora conozco que temes al Señor" (Gén. 22, 12). Cuando Abraham llevó a su hijo para el holocausto, Dios le dice, "Ahora conozco". ¿Es esta toda la presciencia de Dios? ¿Lo conoció entonces, cuando dijo, "Ahora conozco"? Pero ¿qué es, "Ahora conozco"? Es decir, Ahora te hice conocer. Si entonces reconocieras estas locuciones como instruido en los Libros divinos, no harías miserable al Espíritu Santo por aquellos gemidos con los que se dijo que intercede con gemidos. Pues ¿qué es otra cosa, siempre gimiendo, que siempre miserable? Por eso gemimos, porque somos miserables. Y gracias al Espíritu Santo, porque con la caridad del siglo eterno nos hace gemir, por lo cual se le llama gemidor. Nos hace clamar por lo cual se le llama clamante. Nos hace conocer a Dios, por lo cual se dice, "O más bien, siendo conocidos por Dios". Dios hace a Abraham conocedor, por lo cual le dijo, "Ahora conozco".

MAX. respondió: En lo que nos reprendes, en eso mismo te descubres. Pues es cierto, y la divina Escritura nos advierte, que con mucho hablar no escaparás del pecado; pero al refrenar los labios, serás sabio (Prov. 10, 19). Aunque incluso si alguien durante todo el día presenta testimonios de las Escrituras divinas, no se le imputará realmente como verbosidad: pero si alguien, usando el arte literario o la expresión de su espíritu, compone palabras que no contienen las santas Escrituras; son ociosas y superfluas. Me basta, que te he llevado a esta regla, para que profeses que el Padre es Padre, porque es innato, porque de nadie recibió la vida; y porque el Hijo recibió la vida del Padre; y porque el Espíritu Santo es Espíritu Santo. Sin embargo, al decir un solo Dios, harías bien si al confesar un solo Dios, no dijeras que el

Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, yendo en contra de tu propia sentencia. Por nosotros, un solo Dios es adorado, innato, inmaculado, invisible, que no descendió a las contaminaciones humanas ni a la carne humana. Pero también el Hijo, según el Apóstol, no es pequeño, sino gran Dios: como dice el bienaventurado Pablo, "Esperando la bienaventurada esperanza y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Tito 2, 13). Este gran Dios Cristo dice que "subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Juan 20, 17). Pues de su sujeción establece un solo Dios. Este es, por tanto, un solo Dios, como ya hemos recitado con testimonios, a quien Cristo y el Espíritu Santo adoran, y toda criatura venera y adora: por esta razón profesamos uno. Sin embargo, no porque la unión o mezcla del Hijo con el Padre, o ciertamente del Espíritu Santo con el Hijo o con el Padre, haga un solo Dios. Sino porque él solo es un Dios perfecto, quien, como tú mismo has expuesto, no recibió la vida de nadie, quien dio a su Hijo tener vida en sí mismo por su ejemplo: decimos que están unidos en caridad y en concordia. Ya como anteriormente dimos razón, el Salvador mismo nos instruye que el Padre es uno, y no el mismo Hijo, diciendo: "Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero; otro es el que da testimonio de mí. Y para que no piensen con espíritu presuntuoso que dije otro de Juan el Bautista, o tal vez de Pedro apóstol o Pablo; él mismo prosiguió: "Vosotros enviasteis a Juan, y él dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre; mas digo esto, para que vosotros seáis salvos. Él, dice, era una lámpara que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz. Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan. Las obras que el Padre me dio para que las cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí" (Juan 5, 31-37). ¿Quién es tan necio que no entienda que otro dio testimonio de otro, el Padre del Hijo, quien ciertamente decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd" (Mateo 17, 5)? Leo amado, y creo que el Padre es quien ama, y el Hijo quien es amado. Oigo unigénito a Cristo, y no dudo que uno es engendrado de uno. Pablo clama primogénito, diciendo: "Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Y profeso según la sentencia de las Escrituras divinas, que el Hijo es primogénito, y no ingenito: y porque en él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles, sean Tronos, sean Dominaciones, sean Principados, sean Potestades; todo fue hecho por él, y en él fueron creadas; y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten" (Col. 1, 15-17): y este Hijo de Dios, Dios unigénito, siendo antes de todos. Pues él mismo dice: "Lo que he visto con mi Padre, hablo" (Juan 8, 38). Este Hijo también, lo que vosotros atribuísteis a la carne, dice en el santo Evangelio: "Si me amarais, os regocijaríais, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo" (Juan 14, 28). Leyendo estas cosas, creemos, y profesamos según el Apóstol, que todas las cosas le están sujetas como al gran Dios (1 Cor. 15, 25). Este gran Dios, a quien el Padre engendró tal como tú expusiste, ciertamente confesó al Padre mayor, para establecer a aquel único Dios, en cuyo seno es descrito por Juan el evangelista. Escucha ciertamente a él clamando y diciendo sobre la invisibilidad del Dios omnipotente, que "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (Juan 1, 18). Instruido por esto, Pablo clama, y dice: "Bendito y solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores; el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver; a quien sea honor y poder eterno. Amén" (1 Tim. 6, 15-16). De esto nuevamente dice: "Al único sabio Dios, por Jesucristo, sea la gloria para siempre. Amén" (Rom. 16, 27). Y por eso se pronuncia un solo Dios por nosotros, porque hay uno sobre todo, Dios innato, inmaculado, como hemos expuesto. Pero si no crees a Pablo diciendo que el Hijo es nacido, primogénito de toda criatura: o cree al mismo Hijo diciendo a Pilato, cuando le dijo, "¿Eres tú rey?" Cristo dijo, "Yo para esto he nacido" (Juan 18, 37). Leo nacido, profeso lo que leo: leo primogénito, no descreo: leo unigénito, aunque me suspendan

en el potro, no diré otra cosa: lo que nos enseñan las santas Escrituras, profeso. Pues tú que dices que el Padre y el Hijo son uno, di al Padre unigénito, di primogénito: di lo que es del Padre en el Hijo, di al Hijo unigénito, di innato, di que nadie lo ha visto jamás, ni puede verlo. Prosigue sobre el Espíritu Santo cosas tales como las que leemos del Padre, para mostrar al Espíritu Santo igual al Padre. Di, te ruego, tenme como discípulo. Prosigue sobre el Hijo, que el Hijo es innato, que es sin origen. Si es igual, ciertamente tal: si tal, ciertamente innato: si innato, ciertamente nadie lo ha visto jamás. Da testimonios, e instruye, y enseña, y me tendrás como discípulo.

14. AUG. dijo: Has dicho que adoráis a un solo Dios, según pude entender mientras hablabas: esto implica que o no adoráis a Cristo, o no adoráis a un solo Dios, sino a dos. También dijiste sobre el Padre, que no descendió a las contaminaciones humanas ni a la carne humana. Si acaso no lo sabes, donde se habla de contaminaciones, se refiere a alguna impureza: por lo tanto, quisiste que se entendiera que Cristo vino a las contaminaciones humanas: así que has profesado que Cristo fue contaminado por la carne humana. Sin embargo, yo digo, más bien la fe católica, que sostengo con la Iglesia de Cristo, que nuestro Señor Jesucristo se hizo Verbo carne de tal manera que no sufrió ninguna contaminación del género humano ni de la carne humana. Vino para purificar, no para ser contaminado. Por lo tanto, asumió un alma humana y una carne humana sin ninguna peste de contaminación: y ambos, es decir, tanto el alma humana como la carne humana, se dignó salvar en sí mismo. Pero como veo que no quieres aceptar la verdad de su invisibilidad, te ruego que consideres que Cristo fue visible según la carne y según el hombre. Pues según lo que es el Verbo, Dios con Dios, él mismo es invisible. Cristo es la Sabiduría de Dios: la sabiduría humana es invisible; ¿y la Sabiduría de Dios será visible? Por lo tanto, en cuanto a aquella naturaleza en la que es igual al Padre, es igualmente Dios, igualmente omnipotente, igualmente invisible, igualmente inmortal. También dijiste, según advertí, que debe entenderse lo que dice el Apóstol, "El único que tiene inmortalidad" (1 Tim. VI, 16); de modo que en esta sentencia solo debe entenderse al Padre. ¿Entonces quieres que el Verbo de Dios sea mortal? Según tú, la Sabiduría de Dios no es inmortal. ¿No entiendes que de ninguna manera podría haber muerto el Hijo, si no hubiera asumido de nosotros una carne mortal? De hecho, la carne en él murió, no él mismo en cuanto a Dios, en cuanto a la divinidad, en la que es igual al Padre. Así les dice a los hombres: "No temáis a los que matan el cuerpo, y después no tienen qué hacer" (Luc. XII, 4): porque el alma no puede morir; ¿puede morir el Verbo de Dios? ¿Puede morir la Sabiduría de Dios? ¿Podría morir el Unigénito sin haber asumido carne? Sin embargo, habiendo asumido carne, por la cual se hizo hombre, así como se conoce igual cuando dice, "Yo y el Padre uno somos" (Juan X, 30); así se conoce menor, porque "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Id. I, 14). No consideró como usurpación ser igual a Dios. Pues era su naturaleza, no una usurpación: no lo usurpó, sino que nació así. Sin embargo, "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo": reconociste al igual, ahora comienza a reconocer al menor: "tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma de hombre" (Filip. II, 6, 7). He aquí en qué forma el Padre es mayor: distingue la dispensación del hombre asumido de la divinidad que permanece inmortal, y no te equivoques en las palabras, que tanto amas decir, y no te dignas entender. Sin embargo, profeso, como dices, al Padre no nacido, al Hijo nacido. Pero no por eso son de naturaleza y sustancia diferentes, porque aquel no nació, este nació. Pues si nació, es Hijo: si es Hijo, es verdadero Hijo, porque es unigénito. Pues también nosotros somos llamados hijos: pero ¿acaso somos unigénitos siendo tantos hijos? De otra manera, él es el Hijo unigénito: él es Hijo por naturaleza, nosotros hijos por gracia: él unigénito nacido del Padre, es lo que el Padre es según la naturaleza, según la sustancia. Pero quien dice que por haber nacido, es de otra naturaleza,

niega al verdadero hijo. Sin embargo, tenemos la Escritura: "Para que estemos en su verdadero Hijo Jesucristo; él es el verdadero Dios y la vida eterna" (1 Juan V, 20). ¿Por qué verdadero Dios? Porque es el verdadero Hijo de Dios. Pues si a los animales les dio que no engendren sino lo que son; el hombre engendra hombre, el perro engendra perro, ¿y Dios no engendra Dios? Si, por lo tanto, es de la misma sustancia, ¿por qué dices que es menor? ¿O acaso, porque un padre humano cuando engendra un hijo, aunque el hombre engendre hombre, sin embargo, el mayor engendra al menor? ¿Esperaremos entonces que Cristo crezca, como crecen los hombres que engendran los hombres? Pero si Cristo desde que nació, lo cual no es en el tiempo, sino desde la eternidad, lo que es, es; y sin embargo es menor; la condición humana es mejor: porque el hombre puede crecer, y alguna vez llegar a la edad de su padre, a la fuerza de su padre; él, nunca: ¿cómo es verdadero hijo? Sin embargo, reconocemos al Hijo como gran Dios, tanto que decimos que es igual al Padre. Por lo tanto, sin razón quisiste probar con testimonios y mucha palabrería lo que profesamos con gran convicción. Sin embargo, dice, "Mi Dios y vuestro Dios" (Juan XX, 17); atendiendo a la forma de hombre en la que estaba. Pero en cuanto a lo que dijo Juan, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Id. I, 1); no es el Padre el Dios de Dios, sino Dios es de Cristo, porque Cristo se hizo hombre. Por eso él mismo dice en los Salmos, por qué el Padre es Dios para él: "Desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios" (Sal. XXI. 11). Cuando dice que desde el vientre de su madre él es su Dios, muestra que el Padre es Dios para el Hijo porque el Hijo es hombre, según lo cual el Padre es mayor que el Hijo. Por eso dice, "Mi Dios y vuestro Dios". De ahí también es aquella sujeción que no debemos maravillarnos según el hombre rendida al Padre, cuando, como está escrito, también estaba sujeto a sus padres (Luc. II, 51): y de él está escrito, "Lo hiciste un poco menor que los ángeles" (Sal. VIII, 6). Sin embargo, me gustaría que también nos enseñaras con algunos testimonios de las Escrituras, donde se lea que el Padre es adorado por el Espíritu Santo. Del Hijo lo acepto, aunque no presentes testimonios, ya que el hombre adora a Dios: se admite fácilmente, dicho según el hombre, aunque no lo leas. Sin embargo, especialmente te exijo, que leas para nosotros que el Padre es adorado por el Espíritu Santo, o menciones un testimonio divino: pues tal vez exista, pero me pase desapercibido: para que si lo encuentras, responda cómo debe entenderse, como respondí sobre los gemidos con la solemne locución de las Escrituras. Pero lo que dices, que por esa unión inefable no es un solo Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; ¿quieres saber cuánto vale esa unión? No por nuestras locuciones, sino por los divinos discursos ciertamente es manifiesto, que es otra cosa el espíritu del hombre, y otra cosa el espíritu del Señor; de donde se dice, "El Señor es espíritu" (II Cor. III, 17), es decir, porque no es cuerpo: y sin embargo dice el Apóstol, "El que se une a una prostituta, es un solo cuerpo; pero el que se une al Señor, es un solo espíritu" (I Cor. VI, 16, 17). Si, por lo tanto, esta adhesión de naturalezas diversas del espíritu (porque una cosa es del hombre, otra de Dios) hizo un solo espíritu; ¿no quieres que el Hijo se adhiera tanto al Padre, que sea un solo Dios? Esto también acéptalo del Espíritu Santo, que es Dios. Sin embargo, si el Espíritu Santo no fuera Dios, ciertamente no tendríamos nosotros mismos como templo. Pues está escrito en el Apóstol, "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (I Cor. III, 16). Y de nuevo, "¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios?" (Id. VI, 19). ¿No seríamos anatematizados por la verdad de Cristo y por la Iglesia de Dios si hiciéramos un templo de maderas y piedras para algún ángel excelentísimo, ya que estaríamos ofreciendo a una criatura el servicio que solo se debe a Dios? Si, por lo tanto, seríamos sacrílegos haciendo un templo para cualquier criatura, ¿cómo no es verdadero Dios aquel para quien no hacemos un templo, sino que nosotros mismos somos templo? Y cómo dijo Cristo, "Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo" (Juan V, 26), ya respondí anteriormente. Pero la concordia y la caridad, porque dices que se hizo para que el Padre y el

Hijo sean uno; cuando me presentes que se ha dicho que son uno los que son de diferentes sustancias, entonces pensaré qué debo responder. Pues leemos, "El que planta y el que riega son uno" (I Cor. III, 8): pero ambos eran hombres, eran de la misma sustancia, no de diferente. También leemos que el mismo Cristo dice, "Para que sean uno, como nosotros somos uno" (Juan XVII, 11). No dijo, "Para que ellos y nosotros seamos uno": sino, "Para que ellos sean uno", en su naturaleza y en su sustancia, unidos y fundidos de alguna manera en igualdad concordante; como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno, por la naturaleza indivisa y la misma. Pues es diferente decir, son uno; a decir, es uno. Cuando se dice, Son uno; aunque no se diga qué uno, se entiende una sustancia. Cuando se dice, Es uno, de dos sustancias diferentes, es necesario preguntar qué uno. Por ejemplo, es diferente la sustancia del alma y del cuerpo, sin embargo, es un solo hombre: es diferente la sustancia del espíritu del hombre y del espíritu de Dios, sin embargo, cuando se adhiere al Señor, es un solo espíritu (I Cor. VI, 17): añadió, espíritu; no dijo, Son uno. Pero donde se dice, Son uno, se significa una sustancia, lo que vosotros no queréis, y os atrevéis a decir que confesáis al verdadero Hijo de Dios Cristo. Sin embargo, el Padre no es mayor porque da testimonio del Hijo. Pues también los Profetas dieron testimonio al Hijo. Es otro quien da testimonio, otro a quien se da testimonio: porque el Padre es Padre, el Hijo es Hijo. No porque no sean uno, o no sean un solo Dios, cuando están adheridos y unidos, lo que siempre son. Pero dices que hay una diferencia entre el Padre y el Hijo porque el Padre ama y el Hijo es amado; como si pudieras negar que el Hijo ama al Padre. Si ambos se aman mutuamente; ¿por qué negáis que son de una sola naturaleza? Lo que dije del Padre de donde se dice que es mayor, porque se dijo por la forma de siervo; esto digo también de la invisibilidad, ya que el Hijo fue llamado visible por esa misma forma de siervo. Sin embargo, en cuanto a la misma sustancia divina, ya sea del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo, es completamente invisible. Pues cuando la divinidad se mostraba a los padres, se demostraba invisible a través de la criatura sujeta. Pues por su misma naturaleza es tan invisible, que el mismo Moisés, con quien hablaba cara a cara, le decía: "Si he hallado gracia ante ti, muéstrame tu rostro claramente" (Éxodo XXXIII, 11, 13). Quería verlo, como se ve a Dios con los ojos del corazón. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Así quería ver Moisés a aquel a quien decía, "Muéstrame tu rostro claramente": como también las cosas invisibles de Dios, por las cosas hechas, se contemplan. Pues así dice el Apóstol: "Porque las cosas invisibles de él, por las cosas hechas, se entienden y contemplan, su eterna virtud y divinidad" (Rom. I, 20). He aquí que las cosas invisibles de Dios se contemplan entendiendo, y sin embargo se llaman invisibles. Y todas las cosas fueron hechas por él, Cristo (Juan I, 3), tanto visibles como invisibles, ¿y él puede ser creído visible por nosotros? También dices que solo debe entenderse del Padre lo que dice el Apóstol, "Al único sabio Dios" (Rom. XVI, 27). ¿Entonces solo el Padre es Dios sabio, y no es sabia la misma Sabiduría de Dios, que es Cristo; de quien dice el Apóstol: "Cristo, Poder de Dios y Sabiduría de Dios" (I Cor. I, 24)? Resta que digáis (¿qué no os atrevéis a decir?) que la Sabiduría de Dios es insensata. Pero dices que el Padre es no hecho, como si el Hijo fuera hecho, por quien todas las cosas fueron hechas. Sepas que el Hijo fue hecho, pero en la forma de siervo. Pues en la forma de Dios no fue hecho, tanto que por él fueron hechas todas las cosas. Si él mismo fue hecho, no por él fueron hechas todas las cosas, sino las demás. Por lo tanto, no digo que el Hijo sea no engendrado; sino que el Padre es engendrador, el Hijo engendrado. Sin embargo, el Padre engendró lo que es: de lo contrario, no es verdadero Hijo, si lo que es el Padre, no es el Hijo; como dijimos antes de los partos de los animales; porque los verdaderos hijos son por sustancia lo que los padres. ¿Qué es lo que pides, que te muestre que el Espíritu Santo es igual al Padre, como si tú hubieras mostrado que el Padre es mayor que el Espíritu Santo; como pudiste mostrar del Hijo, por la forma de siervo? Pues sabemos que se dijo que el Padre es mayor que el Hijo, porque el Hijo estaba en la forma de siervo; y aún está en la forma

humana el Hijo, que elevó al cielo: por eso se dijo de él que ahora "intercede por nosotros" (Rom. VIII, 34). Y esta misma forma será inmortal en el reino eternamente: por lo cual se dijo, "Entonces también el Hijo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas" (I Cor. XV, 28). Pero del Espíritu Santo que no asumió ninguna criatura a la unidad de su persona, aunque él mismo se dignó mostrarse visiblemente a través de la criatura sujeta, ya sea por la forma de paloma, ya sea por lenguas de fuego (Mat. III, 16, y Hech. II, 3), nunca se dijo que el Padre es mayor que él; nunca se dijo que el Espíritu Santo adoró al Padre, nunca se dijo que es menor que el Padre. Pero dices del Hijo, "Si fuera igual, ciertamente tal": es decir, que porque no es no engendrado, no parece tal. Podrías decir que no es hombre el que engendró Adán, porque el mismo Adán no fue engendrado, sino hecho por Dios. Si, sin embargo, Adán pudo ser, y no ser engendrado, y sin embargo engendrar lo que era él mismo, ¿no quieres que Dios pueda engendrar a Dios igual a sí mismo? Creo que te he respondido a todo. Pero si no quieres ser discípulo, no seas hablador.

1. MAX. dijo: Hablas como si estuvieras protegido por el auxilio de los príncipes, sin nada según el temor de Dios. He soportado largas horas, expusiste como te pareció. Respondemos con la ayuda de Dios a todo. Pues no con mero discurso, sino armados con testimonios de las divinas Escrituras. Solo que así como nosotros fuimos pacientes con tu Religión exponiendo, también tú con los tuyos acomoda la paciencia, para que a cada uno de tus discursos demos respuesta, como tú también respondiste a los nuestros lo que te pareció.

2. Nosotros adoramos a Cristo como Dios de toda criatura. Pues quien es adorado y venerado, no solo por la naturaleza humana, sino también por todas las Virtudes celestiales, escucha al bienaventurado Pablo clamando: "Tened en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como usurpación; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma de hombre: se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre". Eso que tú en tus exposiciones, sabiendo que era contrario a tu profesión, pensaste que debías omitir, sabiendo que la lectura te acusaría. Pues que toda rodilla se doble ante Cristo, ciertamente así prosigue el mismo Pablo, cuando dijo, "Le dio un nombre que es sobre todo nombre": sigue, "Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filip. II, 5-11). Pues diciendo, "Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra"; concluyó todo. No hay nada en el cielo que no doble la rodilla ante Cristo: no quedó nada en la tierra que no doble la rodilla ante Cristo: nada en los infiernos que no doble la rodilla ante Cristo. Y esto el Padre se lo dio. Pueden probar los que leen, si hice esta exposición por mi autoridad o por mucha palabrería, como acusas, o ciertamente respondo por la autoridad de las divinas Escrituras.

3. Dices que el Espíritu Santo es igual al Hijo. Da testimonios, donde se adore al Espíritu Santo, donde los celestiales, los terrenales y los infernales doblen la rodilla ante él. Pues nosotros, que debe ser adorado Dios Padre, lo aprendimos del bienaventurado apóstol Pablo clamando: "Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra" (Efes. III, 14, 15). Por la autoridad de las santas Escrituras adoramos al Padre: igualmente instruidos por las mismas divinas Escrituras, veneramos y adoramos a Dios Cristo. Si en algún lugar debe ser adorado el Espíritu Santo: si el Padre le dio tal testimonio, si el Hijo, si él mismo se abrazó con esto, léelo además de lo que dijimos de las divinas Escrituras.

4. Que Cristo está a la derecha de Dios, que intercede por nosotros (Rom. VIII, 34), así también en otro lugar el mismo Pablo prosigue diciendo: Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios (Colos. III, 1). Así escribiendo a los Hebreos dice: Habiendo efectuado la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas (Hebr. I, 3). Así ciertamente el Espíritu Santo ya antes lo había anunciado por el profeta, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha. Así también el mismo Hijo lo profesó en el Evangelio (Sal. CIX, 1; Mat. XXII, 44). Además, al príncipe que le decía bajo juramento: Dinos si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios bendito: él respondió, Yo soy; o ciertamente, Tú lo dices: y, Desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder de Dios (Mar. XIV, 61, 62, y Mat. XXVI, 63, 64).

5. Nosotros honramos adecuadamente al Espíritu Santo como maestro, como guía, como iluminador, como santificador: veneramos a Cristo como creador: adoramos al Padre con sincera devoción como autor, a quien proclamamos como el único autor en todas partes para todos. Estas calumnias provienen de la instrucción de la filosofía. No creo que hayas leído menos lo que dice el Apóstol: Porque Cristo, aunque no era pecador, por nosotros se hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (II Cor. V, 21). Tampoco te habrá llegado lo que dice la Escritura: Maldito todo el que cuelga de un madero: lo cual interpretando el bienaventurado apóstol Pablo dice, Hecho por nosotros maldición, para que la bendición en los gentiles se cumpliera (Deut. XXI, 23; Gál. III, 13). Tampoco te habrá llegado lo que dice el mismo Pablo: El primer hombre, Adán, de la tierra terrenal, el segundo hombre, el Señor, vino del cielo celestial (I Cor. XV, 47). Por tanto, también Cristo asumió al hombre, como tú mismo expusiste. Y por esa razón dijimos que descendió a las contaminaciones terrenales. No ignoramos lo que leemos, El que no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca: quien cuando era maldecido, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba: sino que se encomendaba al que juzga justamente (I Ped. II, 22, 23). Tampoco ignoramos lo que dice Juan el Bautista: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo (Juan I, 29). Es evidente, como tú mismo has proseguido. No debemos ser obstinados en todo, para no alabar lo que bien dices. Muy justa es tu exposición, porque por esto vino Cristo, para limpiarnos más bien de los pecados y de las iniquidades; no obstante, no para que él mismo se contaminara, como tú mismo has proseguido. Es cierto que, según la sustancia de su divinidad, aquella bienaventurada que tuvo antes de la constitución del mundo, antes de los siglos, antes de los tiempos, antes de los días, antes de los meses, antes de los años, antes de que existiera algo, antes de cualquier concepción, en aquella bienaventurada naturaleza Dios nació del Padre.

6. En Dios es apropiado usar comparaciones dignas. Esto ciertamente me desagrada, y me dolió mucho en tu exposición: que dijeras que el hombre genera al hombre, y el perro al perro; tan vil comparación no debió ser llevada a esa inmensidad tan grande.

7. ¿Quién ignora que Dios engendró a Dios, que el Señor engendró al Señor, que el Rey engendró al Rey, que el Creador engendró al Creador, que el bueno engendró al bueno, que el sabio engendró al sabio, que el clemente engendró al clemente, que el poderoso engendró al poderoso? El Padre no sustrajo nada al engendrar al Hijo. No fue envidioso, sino que como fuente de bondad engendró un bien tan grande: de cuya bondad es testigo toda criatura, según tu propia exposición, que mucho alabo, donde de las divinas Escrituras has sacado, diciendo: Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, son vistas, siendo entendidas por las cosas hechas; su eterna virtud y divinidad (Rom. I, 20).

8. Aún añadido, no diciendo cosas contrarias a las que bien han sido dichas, sino acomodando el consenso: porque por la magnitud de la belleza dignamente se conoce y se venera al Creador de ellas. Creo que hemos dado respuesta a esto; porque esto también el bienaventurado Pablo lo prosigue: Porque el documento que era contrario a nosotros, Cristo mismo lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz; y despojándose de la carne, llevó cautivas a las potestades y principados, triunfando sobre ellos en sí mismo (Colos. II, 14, 15). Sin embargo, como hombre que no he hecho ejercicio en las letras liberales o en el arte de la retórica, si hubiera cometido algún error en el discurso, debiste atender al sentido, y no fijándote en el error del discurso, inducirnos a crimen. Lejos de nosotros, lejos de nosotros: el Unigénito Dios, es Dios de toda criatura, puro, incontaminado, santo, seguro, no teniendo en sí ninguna impureza. Pues el que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió (Juan V, 23). Porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, testifica el evangelista: Y vimos, dice, su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Id. I, 14). De esto mismo ya antes el Antiguo Testamento había profetizado, diciendo, Lavará en vino su vestidura, y en sangre de uva su manto (Gen. XLIX, 11). Lo que leo, lo creo: porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Nuevamente leo que el bienaventurado Pablo dijo: El cual transformará el cuerpo de nuestra humillación, para que sea conforme a la imagen de su cuerpo glorioso (Filip. III, 21). Creo que Cristo Dios, engendrado por el Padre, antes de todos los siglos, él mismo según Salomón se edificó una casa perfecta, según lo que leemos, La Sabiduría se edificó una casa (Prov. IX, 1): la cual casa tomó en lugar de templo.

9. Pues tú mismo diste razón, según qué es visible, según qué es invisible: creo que esta no es una nueva audición que ha llegado a los oídos de tu Religión. Pues en la exposición que has proseguido, tomando la comparación del alma, mostraste que es una razón piadosa y justa creer y conocer, porque si el alma humana puesta en el cuerpo no puede ser vista por los ojos corporales; cuánto más el Creador del alma no puede ser visto por los ojos corporales. Pues si los Ángeles según la sustancia de su naturaleza son considerados invisibles; cuánto más el Creador de los Ángeles, que hizo cosas tan grandes y tales, Ángeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades, Querubines, Serafines. A cuya multitud, como leemos en el Evangelio, comparó todo el género humano a una sola oveja, diciendo: Dejando las noventa y nueve en los montes, vino a buscar una que se había extraviado. Pues finalmente, Así habrá gozo, dice, en el cielo por un pecador que se arrepiente, más que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento (Luc. XV, 4, 7). Pues ¿quiénes son los que no necesitan arrepentimiento, sino ciertamente aquellas virtudes celestiales, con las cuales nada tiene en común la naturaleza humana? Debe considerarse la virtud del Unigénito de Dios, y en él debe admirarse la magnitud de la omnipotencia de Dios Padre, que engendró un Hijo tan grande y tal, tan poderoso, tan sabio, tan pleno, que hizo virtudes celestiales tan grandes y tales. Y para no ser encontrados verbosos, como ya te has dignado señalar: lo cual y ojalá suceda, para que también nosotros podamos decir, Somos necios por Cristo; y, Como desechos del mundo hemos sido hechos (I Cor. IV, 10, 13), y si tu Religión quisiera juzgar algo más de nosotros. Conocemos a aquel que dijo: Porque por ti he soportado el oprobio todo el día (Sal. LXVIII, 8). A cuyo ejemplo nos provocando Pablo, decía: Sed imitadores de mí, como yo de Cristo (I Cor. IV, 16). Pues también Pedro dice: Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas (I Ped. II, 21). Según la sustancia de su divinidad, no solo el Hijo no es visto por los hombres, sino tampoco por las virtudes celestiales. Pues el arcángel puede ver al ángel, el ángel puede ver y penetrar nuestras almas espirituales: esto es ciertamente, el mayor puede ver y penetrar a los inferiores. Y según la sentencia del Salvador, como decía entonces a aquel que se jactaba de ser rico, Necio, esta noche te reclamarán tu alma (Luc. XII, 20); es oficio del ángel, restituir el alma ante la presencia del Señor. Sin embargo, el alma no puede ver al ángel, ni exhibirlo. Sube en este

orden más arriba; y encontrarás cómo hay un solo Dios Padre invisible, que no tiene superior que lo contemple: que cuán grande es, es infinito; que no puede ser limitado por palabras, ni concebido por la mente: de cuya magnitud, no solo la lengua humana, sino también todas las virtudes celestiales unidas dicen como pueden, pero no explican como es. Está lleno de todo lo que se dice. Pues solo el Hijo lo honra y alaba dignamente, cuanto más ha recibido de su progenitor antes de toda concepción. Pues porque honra y alaba y glorifica a su progenitor, aunque los cuatro Evangelios lo testifican, sin embargo, resumiendo, dejando de lado lo que soléis aplicar a la carne, ahora presentaré testimonios, donde en los cielos adora a su Padre. Dice así Pablo a los Hebreos: No entró Cristo en templos hechos por manos, figuras de la verdad; sino en el mismo cielo ahora aparece ante la presencia de Dios por nosotros (Hebr. IX, 24). Esto ciertamente después del regreso de Cristo en los cielos. Pues después de que habló desde el cielo, diciendo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. IX, 4). Después de que el Espíritu Santo dijo, Apartadme a Bernabé y a Pablo para la obra del ministerio a la que los he llamado (Id. XIII, 2): llamado Pablo dice, No entró Jesús en templos hechos por manos, figuras de la verdad, sino en el mismo cielo ahora aparece ante la presencia de Dios por nosotros. Y porque tu Religión sugirió que demos respuesta a esto, si el Hijo ve al Padre; leemos en el Evangelio: No que alguien haya visto al Padre, sino el que es de Dios, este ha visto al Padre (Juan VI, 46). Vio, pues, al Padre, pero vio al incapaz. Pero el Padre ve al Hijo, como teniéndolo en su seno y poseyéndolo, según el testimonio antes mencionado, que a Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, él lo ha contado (Id. I, 18). Pues el Padre ve al Hijo como Hijo: el Hijo ve al Padre como Padre inmenso. Tu Religiosidad pronuncia la sabiduría humana invisible: creo que basta lo dicho por Isaías diciendo, ¿Es poco para vosotros dar batalla a los hombres? ¿Y cómo daréis batalla al Señor? (Isai. VII, 13). Es cierto, sin embargo, que no es poco dar batalla a los hombres, cuando aunque sea alguien sabio, tiene a alguien más sabio que lo vea. Luego, ¿no se percibe la sabiduría de este en su obra? ¿No se prueba en sus discípulos? ¿No es, pues, invisible la sabiduría humana, que puede ser comprendida, que se ve, que también se reprende? De lo demás, es apropiado y es de orden, usar comparaciones dignas; porque hablas de Dios, de esa inmensidad; a quien aunque se le dé comparación, tanto como sea posible según el pensamiento humano, o ciertamente según la autoridad de las divinas Escrituras, no se encuentra comparación alguna digna de él, que es incomparable.

10. Yo digo que el Padre solo según los testimonios antes mencionados, no con otro y un tercero digo que es uno, sino que solo él es uno Dios. Si en verdad no es solo uno, es parte. Pues no digo que Dios sea uno compuesto de partes: sino que lo que es, es virtud innata simple: el Hijo antes de todos los siglos y él mismo es virtud engendrada. De esta virtud del Hijo el bienaventurado Apóstol decía: Congregados vosotros y mi espíritu, con la virtud del Señor Jesús (I Cor. V, 4). Digo y profeso lo que nos enseñan los santos Evangelios. Y porque el Espíritu Santo también es virtud en su propiedad: de quien el Señor da testimonio, diciendo, Pero vosotros permaneced (a sus discípulos) en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Luc. XXIV, 49).

11. Si por esto el Hijo es pronunciado invisible por ti, porque no puede ser contemplado por los ojos humanos; ¿por qué no pronuncias también invisibles a las virtudes celestiales, cuando tampoco ellas pueden ser vistas por los ojos humanos? Yo ciertamente he presentado el testimonio sin ninguna interpretación de mis palabras, diciendo: Bienaventurado y solo poderoso, Rey de reyes, y Señor de señores (I Tim. VI, 15). Si he recitado la Escritura, no debí ser reprendido: si en verdad examinas el sentido de la Escritura, doy razón.

12. Dice el Apóstol, Bienaventurado y solo poderoso, Rey de reyes. Dice que solo el Padre es poderoso, no porque el Hijo no sea poderoso. Escucha, pues, el testimonio del Hijo, el mismo

Espíritu Santo clamando y diciendo, Alzad, oh puertas, vuestras cabezas; y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. Y sigue: ¿Quién es este Rey de gloria? Y entiende la respuesta: El Señor fuerte y poderoso (Sal. XXIII, 7, 8). ¿Cómo no es poderoso, cuya potencia toda criatura proclama?

13. ¿Cómo no es sabio, de quien el Espíritu Santo alabando su sabiduría clama y dice: ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Todas las hiciste con sabiduría (Sal. CIII, 24). Pues cuando todo fue hecho por Cristo, sin duda el Espíritu Santo alabándolo decía, Todas las hiciste con sabiduría. Y siendo así, debe investigarse entonces cómo dice el bienaventurado Pablo, Bienaventurado y solo poderoso. Creo que por esto dice solo poderoso, porque solo él es incomparable en su potencia. De cuya incomparabilidad el profeta admirado decía: Dios, ¿quién será semejante a ti? (Sal. LXXXII, 2). ¿Quieres saber que solo él es poderoso? Mira al Hijo, admirando la potencia del Hijo. En él, pues, advierte, porque solo él es poderoso, que engendró a uno tan poderoso. Pues el Padre en aquella inmensa potencia engendró a un creador poderoso. El Hijo en su potencia recibida del Padre, como él mismo dice, Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre (Mat. XI, 27), no creó un creador, sino que estableció una criatura. Admirando esta potencia del Padre de Dios, decía Pablo, Bienaventurado y solo poderoso. Pues si también el hombre es poderoso y verdadero, según lo que leemos de Job, Aquel hombre era verdadero y justo, adorador de Dios; aún describiendo su región dice, que era poderoso y grande entre todos en parte de Oriente (Job I, 3): ¿cómo, pues, solo poderoso el Padre? Pero dice solo por esto, porque nadie se le compara, porque solo él es de tan gran magnitud, de tan gran potestad, de tan gran potencia. De igual modo el bienaventurado Pablo apóstol proclama al Padre solo sabio diciendo así, Al único sabio Dios (Rom. XVI, 27). Pero debe investigarse la razón, cómo solo sabio: no porque Cristo no sea sabio. Ya has presentado a Cristo como la Virtud de Dios y la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24): hemos dado también nosotros testimonios, que todo lo hizo en sabiduría. Pero verdaderamente solo sabio el Padre. Creemos en las Escrituras, y veneramos las mismas Escrituras divinas: y no deseamos pasar por alto ni un ápice, temiendo el peligro que está puesto en las mismas divinas Escrituras: ¡Ay de los que quitan o añaden! (Deut. IV, 2). ¿Quieres saber cuánta es la sabiduría del Padre? Mira al Hijo, y verás la sabiduría del Padre. Y por esa razón el mismo Cristo decía, El que me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9): esto es, en mí ve su sabiduría, alaba su virtud; lo glorifica, que me engendró tan grande y tal antes de todos los siglos, uno a uno, solo a solo. No buscando materia de donde hacer, no tomando a alguien en ayuda, sino como él mismo sabe, con su virtud y sabiduría engendró al Hijo. No, como dicen los que hacen calumnia, que así como otra criatura fue hecha de la nada, así también profesamos que de la nada como uno de las criaturas fue hecho. Lo cual escucha la autoridad de la lectura sinodal, porque en Ariminio nuestros padres entre otras cosas también dijeron esto: Si alguien dice que el Hijo es de la nada, y no del Dios Padre, sea anatema. Si quieres, ciertamente presento testimonios. Dice así el bienaventurado apóstol Juan: El que ama al que engendra, ama también al que ha nacido de él (I Juan V, 1).

14. Me maravillo, querido. Pues si decís que el Espíritu Santo es de la sustancia del Padre, si el Hijo es de la sustancia de Dios Padre, y el Espíritu Santo también es de la sustancia del Padre, ¿por qué uno es Hijo y el otro no lo es? ¿Qué os ha hecho, siendo de la misma sustancia, siendo igual al Hijo, como decís; por qué no es también él constituido heredero de todo; por qué no es también él hijo? ¿Por qué no se le llama con el mismo nombre que a Cristo, Primogénito de toda criatura (Colosenses I, 15)? O si es igual, ya no es único unigénito, teniendo a otro engendrado con él, y además de la misma sustancia del Padre, de donde decís que es el Hijo. Lo cual es doloroso de escuchar. No comparáis esa gran magnificencia con la nobleza del alma, sino con la fragilidad del cuerpo. De un cuerpo

ciertamente nace la carne, un hijo corporal: sin embargo, el alma no nace del alma. Si, por tanto, nuestra alma genera de manera incorruptible e impasible, sin sentir disminución alguna, ni contaminación alguna; sino que legítimamente según las leyes divinas genera un hijo, acomodando la sabiduría al cuerpo, permaneciendo ella íntegra: ¿cuánto más el Dios omnipotente? Ya lo dije un poco antes, ante quien toda comparación humana debe callar, sin embargo, como podemos, intentamos decir, ¿cuánto más Dios Padre incorruptible engendró al Hijo de manera incorruptible? Engendró, sin embargo: mantén mi precaución, teniendo por supuesto los testimonios de las Sagradas Escrituras: ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII, 8). Engendró como quiso, como poderoso, sin sustraer nada, sin envidia que intercepte, engendró al poderoso. Dije, no conviene a los religiosos hacer calumnias: yo profeso el Verbo de Dios, el Verbo de Dios, no mortal, no corruptible. Si bien el cuerpo que asumió por nuestra salvación, clama de él la Escritura, Mi carne descansará en esperanza; esto es, en la esperanza de la resurrección: porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción (Salmo XV, 9). Si lo que fue llamado santo, el Hijo de Dios, no vio corrupción, porque al tercer día resucitó de entre los muertos; ¿cuánto más la divinidad, que asumió el cuerpo, permanece incorruptible? ¿Por qué dices lo que no entiendes? Si no te he dado respuesta a todo, con razón seré juzgado sin entendimiento: si menos, sin embargo, no es de religión atacar con injurias. Pues yo no solo afirmo que la sabiduría del Hijo de Dios es inmortal, sino que también probaré que la sabiduría de los santos de Dios es inmortal. Pues si también ellos, es decir, sus cuerpos son llamados a la inmortalidad; ¿cuánto más su viva sabiduría, que hasta la consumación del siglo florece en todos los creyentes, permanece inmortal? Aunque en la prolijidad del discurso he omitido sobre la inmortalidad del Dios omnipotente, sobre lo que dijo el bienaventurado apóstol Pablo, El único que tiene inmortalidad (I Tim. VI, 16): sin embargo, replicaré el texto; seguiré también la interpretación con la ayuda de Dios y otorgando gracia. Pues así se describe que solo él tiene inmortalidad, como también es el único poderoso, como también el único sabio. ¿Quién de los hombres espirituales ignora que el alma humana es inmortal? Además, siendo sentencia del Salvador, diciendo, No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mateo X, 28), como inmortal. Si, por tanto, el alma es inmortal, mucho más vemos que todas las virtudes celestiales son inmortales. Pues cuando dice el Salvador, El que guarda mi palabra, no verá muerte para siempre (Juan VIII, 51). Y si el que guarda la palabra de Cristo, no verá muerte para siempre; ¿cuánto más él según el poder de su divinidad es inmortal, cuyo verbo tiene tal poder? En lo que dice, El único que tiene inmortalidad; ya hemos dado razón. El Hijo tiene inmortalidad, pero recibéndola del Padre. Todas las virtudes celestiales tienen inmortalidad, pero recibéndola por el Hijo, porque todo es por él. Pero el Padre verdaderamente solo tiene inmortalidad, quien no ha conseguido esa inmortalidad de otro, quien no tiene engendrador, quien no tiene origen. El Hijo, sin embargo, como tú mismo has proseguido, que es engendrado del Padre. A menudo afirmas que el Hijo es igual al Padre: cuando él mismo, el unigénito Dios, siempre y en todo proclama a su autor, el Padre, de quien, como dije un poco antes, también profesó haber conseguido la vida de esta manera, diciendo, Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V, 26). Observa, por tanto, que también la inmortalidad y la incorruptibilidad y la inaccesibilidad las ha recibido del Padre junto con la vida. Pero el Padre tiene vida en sí mismo, no recibéndola de nadie: y por eso verdaderamente bienaventurado y el único poderoso. ¿Quién se anonadó a sí mismo (Filipenses II, 7)? ¿El Padre o el Hijo? ¿Quién se apresuró a agrandar por obediencia, sino aquel que decía: Yo hago siempre lo que le agrada (Juan VIII, 29)? ¿Quién es este que, viniendo al sepulcro de Lázaro, decía: Padre, te doy gracias porque me has oído; y yo sabía que siempre me oyes, pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado (Juan XI, 41, 42)? ¿Quién es este que, cuando formaba los ojos del ciego de nacimiento, al decirle los discípulos,

¿Quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego? respondió, Ni este pecó, ni sus padres; sino para que se manifiesten en él las obras de Dios: me es necesario hacer las obras del que me envió (Juan IX, 2-4)? Este es ciertamente el Hijo amado del Padre, quien al recibir los panes, no los partió primero, sino que primero miró al cielo, y dio gracias a su progenitor, y así los partió y distribuyó. Así también en la misma pasión, o más bien próximo a la pasión, como refiere el evangelista (Mateo XXVI, 26): Pues el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó pan, y dando gracias, lo partió (I Cor. XI, 23, 24). Este es el Hijo, para no abrumar con la elocuencia del discurso o la abundancia de testimonios presentando muchos, sino que terminaré brevemente, quien hasta la muerte de un gorrión sin el permiso del Padre no se hace nada, de esta manera proclamó, diciendo: ¿No se venden dos gorriones por un as? Y uno de ellos no caerá a tierra sin la voluntad del Padre (Mateo X, 29). Este ciertamente también de su potestad, que recibió del Padre, decía: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla. Este mandamiento recibí de mi Padre (Juan X, 18). Si así lo refieren los Evangelios, manténgase lo que leemos: si de alguna manera he dicho algo menos, o por olvido, seré reprendido. Pues no soy tal que no acepte corrección. Además, cuando el bienaventurado apóstol Pablo ordena que el obispo sea apto para enseñar (I Tim. III, 2); él es apto para enseñar, quien cada día aprende y progresa enseñando cosas mejores: no rechazamos, si algo mejor ha sido dicho; estamos preparados para todo, aunque seamos agraviados. Sin embargo, para que no se oponga a la verdad, no nos quejamos de nuestra injuria, sino que proclamamos la gloria de Dios.

15. Es cierto lo que dice el Apóstol, Quien, siendo en forma de Dios. ¿Quién niega que el Hijo esté en forma de Dios? Pues que es Dios, que es Señor, que es Rey, ya creo que lo hemos expuesto ampliamente. Y porque no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, esto nos instruye el bienaventurado apóstol Pablo, que él no lo arrebató, ni nosotros lo decimos; sino que se anonadó a sí mismo, hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II, 6-8), lo proclamamos con todas nuestras fuerzas. Nosotros hemos sido llamados hijos por gracia, no nacidos por naturaleza: por eso es unigénito el Hijo, porque lo que es según la naturaleza de su divinidad, eso es el Hijo nacido. Si acaso le aplicas un hermano, porque afirmas que el Espíritu Santo es igual y semejante al Hijo; igualmente profesas que es de la sustancia del Padre: si es así, entonces ya no es unigénito el Hijo, pues hay otro de la misma sustancia. Nosotros no hemos recibido la naturaleza del Padre Dios innato: creemos lo que dice Cristo, Dios es Espíritu (Juan IV, 24). El Hijo es nacido, como hemos dicho: nosotros profesamos al verdadero Hijo, y no negamos que es semejante al Padre: además, instruidos por las Escrituras divinas. Pues aunque se nos acusa de decir diversas naturalezas, sepas esto, que decimos que el Padre espíritu engendró espíritu antes de todos los siglos, Dios engendró a Dios: y las demás cosas que ya se han dicho anteriormente. El verdadero Padre innato engendró al verdadero Hijo. Pero cuando el Señor dice en el Evangelio, Para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3); así dice que el Padre es el único verdadero, como también el único bueno, y el único poderoso, como también el único sabio. Creo que ni el mismo diablo se atrevió a decir que el Padre no engendró al Hijo perfecto antes de todo. Pues no lo engendró en progreso. El hombre, de quien has tomado la comparación, si pudiera engendrar un hijo perfecto de inmediato, no lo engendraría pequeño, quien con los años finalmente cumple la voluntad de su progenitor. Pero el Padre, que verdaderamente es bienaventurado y el único poderoso, engendró un Hijo tal como es ahora, tal como permanece sin fin, no en progreso, sino perfecto: quien también recibió la perfección de su progenitor, de quien también consiguió la vida. Es sentencia del Salvador, En la boca de dos o tres testigos constará toda palabra (Mateo XVIII, 16). Has presentado el testimonio apostólico, Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse: lo que interpretaste a tu

arbitrio; igualmente nosotros, como lo entendimos, respondimos. Será en el arbitrio de los oyentes, qué elijan de los dos: o ciertamente según la secuencia de la lectura aprueben al Hijo obediente al Padre, quien se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo; a quien también el Padre le dio, como hemos dicho, el nombre que es sobre todo nombre: o cada uno entienda tu interpretación.

16. Asciendo a mi Dios y a vuestro Dios (Juan XX, 17), afirmas que el Señor lo dijo por la forma de siervo que asumió, como creo que dices: si él mismo humillándose en el cuerpo mientras estaba humano, aunque vencida la muerte y triunfado sobre el diablo después de su resurrección, usa este discurso, diciendo, Asciendo a mi Padre y a vuestro Padre: donde ya no era necesaria la humildad de la carne, como dices, por los judíos: sino que se entregaba la regla íntegra de la fe. Así como en otro lugar después de su resurrección, llevando a sus discípulos al monte de los Olivos, decía: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra: id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado (Mateo XXVIII, 18-20). Y si el Hijo dijo esto por humildad y no por verdad, ¿por qué se atrevió el Apóstol a repetir lo mismo y decir, Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria (Efesios I, 17)? O ciertamente, Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo sabe, quien es bendito por los siglos (II Cor. XI, 31)? Y también, Para que unánimes, con una sola boca, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (Rom. XV, 6)? aún agrega y dice, Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (II Cor. I, 3)? ¿Por qué ciertamente antes de la encarnación de Cristo también el Espíritu Santo decía al Hijo, Por eso te ungió Dios, tu Dios (Salmo XLIV, 8)? Esta unción, aunque quisieras argumentar, no podrás probar que se hizo en el cuerpo: pues leemos que fue bautizado (Mateo III, 16), pero no leemos que fue ungido en el cuerpo. Pero de la misma lectura, cuando dice, Por eso te ungió con óleo de alegría más que a tus compañeros, Dios, tu Dios: ciertamente se muestra que el óleo de alegría por el término óleo designa aquella alegría, de la cual decía por Salomón, Yo era aquel en quien se regocijaba cada día; me deleitaba ante su presencia en todo tiempo, cuando se regocijaba en el orbe perfecto, y se deleitaba en los hijos de los hombres (Proverbios VIII, 30, 31). En lo que dice, Yo era aquel en quien se regocijaba cada día: ciertamente se lee en el libro del Génesis, que a todas las obras del Hijo el Padre, como leemos, Y vio Dios, y he aquí que todo era muy bueno (Génesis I, 31); alabando la obra de su Hijo, se regocijaba y deleitaba en el Hijo; igualmente el Hijo con la perfecta voluntad del Padre se deleitaba en la presencia de su progenitor. Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar (II Tim. III, 16). Por lo cual no pasará ni una jota ni una tilde (Mateo V, 18). El Señor dijo, El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mateo XXIV, 35).

17. Es evidente que en el principio era el Hijo, y estaba con el Padre, y era Dios: y este estaba en el principio con Dios, como primogénito de toda criatura: y todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Juan I, 1-3): lo cual no puede aplicarse a la persona del Espíritu Santo. Pues no encontrarás tales cosas referidas en las Escrituras divinas, para que lo afirmes igual al Hijo. Si bien el Hijo en el principio era: el Padre, sin embargo, es antes del principio y sin principio, como no engendrado e innato. Pero estaba en el principio como primogénito de toda criatura (Colosenses I, 15). Antes de toda criatura estaba, antes de que existiera algo, y estaba con Dios, y era Dios, y este estaba en el principio con Dios.

18. ¿Qué, si oyes al Padre diciendo, Contigo el principio en el día de tu poder, en los esplendores de los santos, desde el seno antes del lucero te engendré (Salmo CIX, 3)? Del vientre de la madre, lo que ni los judíos dudan, profesas que nació según la carne. ¿Y por qué no se presentan estos testimonios que demuestran aquel nacimiento en el principio, como también el testimonio precedente nos instruye? Si por el cuerpo en el que se anonadó a sí

mismo, quien siendo rico, por nosotros se hizo pobre, como dice el Apóstol (II Cor. VIII, 9), se siente deudor a su progenitor; mucho más quien engendró a tal y tan grande, es necesario que como Hijo amado siempre ofrezca a su progenitor. Has proseguido bien diciendo, que también a los padres por la forma de siervo les era sujeto (Lucas II, 51). Pues si se encuentra sujeto a los padres que él mismo creó, porque todas las cosas por él fueron hechas; pues no después de los tiempos, sino antes de los tiempos conocemos al Hijo engendrado por el Padre: si sujeto a los padres, como la autoridad de las Escrituras divinas proclama con claridad; ¿cuánto más ciertamente a su progenitor le es sujeto, quien engendró a tal y tan grande, según lo que dice el apóstol Pablo, Cuando todas las cosas le sean sujetas al Hijo, entonces también el mismo Hijo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas (I Cor. XV, 28)? Esto quieres que también lo digamos, que al cuerpo, o más bien a la dispensación, que por nuestra salvación asumió, todas las cosas sujetas profesamos: en verdad también el cuerpo sujeto al Padre, no al mismo Hijo unigénito Dios. Pues sabemos y creemos que el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo, como honran al Padre (Juan V, 22, 23). Esto profesamos, porque también en la resurrección, cuando todas las cosas le sean sujetas al Hijo, cuando todos lo honran, y veneran, y adoran, ni entonces ciertamente el Hijo se exalta: sino que también con todos los sujetos a él se encuentra sujeto al Padre de esta manera, para que diga, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mateo XXV, 34).

19. Ya se ha dicho lo que también por tu arbitrio según tu sentido has parecido alienar. Sin embargo, permanece el dicho apostólico, porque como conviene, no sabemos orar; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles. Y porque has parecido oponerte con argumento diciendo, ¿Entonces es tan miserable el Espíritu Santo, que gime? Pues no decimos que el Espíritu Santo es miserable, ya que de la misma lectura se muestra la gloria del Espíritu Santo, porque no gime por sí mismo: sino escucha la lectura, porque por los santos (Romanos VIII, 26, 27). Pues ni el Hijo intercede por sí mismo, sino por nosotros ciertamente intercede y aboga, como ya he presentado en lo precedente. Quien en lo poco es fiel, y en lo mucho es hallado fiel (Lucas XVI, 10).

20. No se puede afirmar de otra manera que el Padre y el Hijo son uno, sino de la misma manera que tú mismo y nosotros podemos probar con los mismos ejemplos que has utilizado. Pues si, como dices, y el Apóstol confirma, "El que se une al Señor, es un espíritu con él" (I Cor. VI, 17); ciertamente es un solo espíritu en el consenso que cumple la voluntad de Dios, según la enseñanza del Salvador: quien también nos enseñó a orar de esta manera, para que entre otras cosas de nuestras súplicas digamos, "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo" (Mat. VI, 10). La tierra ciertamente somos nosotros. Así como en los cielos se hace la voluntad de Dios, que también en nosotros se cumpla de esta manera lo que oramos, y lo cumplamos con hechos; para que nos convirtamos en un solo espíritu con Dios, cuando queramos lo que Dios quiere. Pues también el Hijo, próximo a la pasión, clamaba a su Padre diciendo: "Abba, Padre, pase de mí este cáliz; pero no como yo quiero, sino como tú quieres" (Mar. XIV, 36). Al decir, "No como yo quiero, sino como tú quieres", mostró verdaderamente su voluntad sujeta a su Padre, por cuya voluntad descendió del cielo para cumplirla, como dice: "He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan VI, 38). Por tanto, la voluntad del Hijo es consonante y conveniente con la voluntad del Padre. En cuanto el Hijo es mayor como Dios que toda criatura, tanto más se encuentra consonante con la voluntad del Padre, y más se adhiere a su Padre. Digo, se adhiere a su Padre como un hijo muy querido, en amor, y dilección, y unanimidad, y consenso, y conveniencia. Todo lo que se presenta en las Sagradas Escrituras, debemos recibirlo con plena veneración. Pues la Escritura divina no ha llegado a nuestra enseñanza

para recibir corrección de nosotros. ¡Y ojalá seamos hallados dignos de ser aprobados como discípulos de las Escrituras!

21. Acepto lo que has presentado, "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (I Cor. III, 16). Pues Dios no habita en el hombre, a quien el Espíritu Santo no haya santificado y purificado antes. De hecho, también se le dijo a María, aquella bienaventurada virgen, "El Espíritu Santo vendrá sobre ti", ciertamente para santificar y purificar. Luego sigue, "Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Luc. I, 35). Y ya has presentado que el poder del Altísimo es Cristo. La verdad no se recoge de un argumento, sino que se comprueba con testimonios ciertos. Por esta razón, debéis presentar testimonios de que el Espíritu Santo es Dios, que es Señor, que es Rey, que es Creador, que es hacedor, que se sienta con el Padre y el Hijo, que es adorado, si no por los celestiales, al menos ciertamente por los terrenales, para decir, tal vez incluso mostrarás que es adorado por los infernales. Decimos esto, no para menospreciar al Espíritu Santo. Pues el Espíritu Santo es, como ya hemos expuesto anteriormente, sin el cual "nadie puede decir: Señor Jesús" (I Cor. XII, 3). Este es el Espíritu Santo en quien clamamos, "Abba, Padre" (Rom. VIII, 15). Este es el Espíritu Santo tan grande y tal, "en quien incluso los ángeles desean mirar" (I Ped. I, 12). Es tal, tan poderoso, que en toda criatura, ya sea en el oriente, ya sea en el occidente, incluso en el norte y el sur, quienquiera que lo adore, no puede decir, "Señor Jesús", sino en el Espíritu Santo. Tal es la naturaleza de este, que está presente en todas partes para todos los que invocan a Dios en verdad (Sal. CXLIV, 18). Es tan grande y tal, que dondequiera que alguien sea bautizado, en ese mismo momento, ya sea que sea bautizado en el oriente, ya sea en el occidente, y dondequiera que sea, el Espíritu Santo está presente. Observa cuán grande es el poder del Espíritu Santo. Pues si alguien menosprecia al Espíritu Santo, ciertamente menosprecia al unigénito Dios, por quien "todas las cosas fueron hechas, y sin el cual nada fue hecho" (Juan I, 3): así como "el que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió" (Id. V, 23).

22. Dices que nuestro Salvador Cristo no dijo, "Para que ellos y nosotros seamos uno"; sino, "Para que ellos sean uno en su naturaleza y sustancia, unidos y fundidos de alguna manera en igualdad concordante: y el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, uno por la naturaleza indivisible y la misma". Recito la lectura, que los que leen pueden probar lo que Cristo dijo. Pues así dice en el Evangelio, orando a su Padre por los discípulos: "Padre, hazlos uno, como nosotros somos uno: como tú en mí y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo conozca que tú me enviaste, y los amaste como me amaste a mí" (Juan XVII, 21-23). Lo que leo, creo: hizo mención del amor, y no de la sustancia. Sin embargo, es cierto que el mismo Salvador dijo, "El que oye mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama. Y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré; y vendremos, y haremos morada con él" (Id. XIV, 21, 23). Pues si esa gran sublimidad y majestad del Padre, así como también del Hijo, se recibe dentro de una sola morada de nuestra mente; cuánto más ciertamente es seguro y sin duda que el Hijo estará en el Padre. Sin embargo, el Hijo, como otro del Padre: quienes, como tú mismo has expuesto, son uno, el Padre y el Hijo; pero no uno: uno pertenece a la concordia, uno a la singularidad numérica. Pues también has presentado el testimonio del bienaventurado Pablo, que hemos recibido con ánimo dispuesto: ya que es un género firme de verdad, que incluso se promulga por los que contradicen. Has recitado que Pablo dijo, "Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento. El que planta y el que riega son uno; pero cada uno recibirá su recompensa según su labor" (I Cor. III, 6-8). Observa, por tanto, que aunque son uno en concordia, sin embargo, "cada uno recibirá su recompensa según su labor". Observa también lo que el Señor dice, "Yo y el Padre somos

uno" (Juan X, 30): lo que creemos y recibimos con fe cierta. El que dice, "Yo"; es el Hijo: el que dice, "y el Padre"; muestra al Padre como otro. Dice uno; no, uno. Se ha dicho muchas veces que uno pertenece a la concordia. ¿Cómo no son uno el Padre y el Hijo, cuando el Hijo clama, "Yo hago siempre lo que agrada al Padre" (Id. VIII, 29)? Entonces, finalmente, no sería uno con el Padre, si alguna vez hiciera lo contrario al Padre. Así también los Apóstoles son uno con el Padre y el Hijo, en cuanto que en todo mirando a la voluntad de Dios Padre, a imitación del Hijo, se encuentran sometidos al único Dios Padre. Y no solo leemos que el Salvador oró por los Apóstoles, para que sean uno, sino también por los que creerán por la palabra de ellos, diciendo: "No solo ruego por estos; sino también por los que creerán por la palabra de ellos en mí: para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo conozca que tú me enviaste, y los amaste como me amaste a mí". Hizo mención del amor, como hemos dicho, y no de la divinidad. ¿Quién ignora que Pablo es Pablo; y Apolo, Apolo: cuando él mismo Pablo dice, "He trabajado más que todos ellos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo" (I Cor. XV, 10)? Pues quien más trabaja, más consigue. Sin embargo, son uno, en consenso, en conveniencia, en amor; cuando hacen lo que Dios quiere.

23. Dices que hay un solo Dios. Demuestra si el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, o si solo el Padre debe ser llamado un solo Dios, cuyo Hijo es nuestro Dios. ¿Nos exhortas al estilo judío a profesar un solo Dios? ¿O más bien se muestra la sujeción del Hijo, según lo que tiene la fe cristiana, que hay un solo Dios, cuyo Hijo es nuestro Dios, como hemos dicho? Pues ya que el Padre y el Hijo no son uno, cree al menos a Pablo diciendo, lo que proclama en casi todas sus Epístolas, diciendo: "Gracia a vosotros y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo" (Rom. I, 7; I Cor. I, 3; II Cor. I, 2; Gal. I, 3, y Efes. I, 2). Además: "Un solo Dios Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en él; y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros en él" (I Cor. VIII, 6). Este es el que predicamos como un solo Dios nosotros los cristianos, a quien el Hijo proclama como el único bueno, diciendo: "Nadie es bueno, sino solo Dios" (Mar. X, 18). No porque Cristo no sea bueno: él mismo dice, "Yo soy el buen pastor" (Juan X, 11). No porque el Espíritu Santo no sea bueno: escucha al profeta clamando, "Tu buen Espíritu me guiará por tierra recta" (Sal. CXLII, 10). Escucha también el testimonio del Salvador diciendo, "El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno" (Luc. VI, 45). Y también toda criatura de Dios es muy buena. Si la criatura es buena, si el hombre es bueno, si el Espíritu Santo es bueno, si Cristo es bueno, ¿cómo se busca uno solo bueno? Porque ciertamente así dice el Salvador, "Nadie es bueno, sino solo Dios": porque él es la fuente de la bondad, que siendo bueno, no lo recibió de nadie. Pues también Cristo, siendo bueno, es de su Padre para ser bueno; y toda criatura de Dios es buena, por Cristo recibió ser buena. Pero ya sea el Hijo, o los que fueron hechos por él, de esa única fuente de bondad cada uno según la medida de su fe asumieron ser buenos. Pero el Padre, siendo uno, siendo bueno, no lo recibió de nadie. Y por eso dice Cristo, "Nadie es bueno, sino uno". Así, pues, hay un solo Dios, porque es incomparable, porque es inmenso, como ya hemos expuesto.

24. No negamos que el Hijo ama al Padre, cuando leemos escrito: "Para que el mundo sepa que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago" (Juan XIV, 31). Es evidente que el Hijo es amado y ama, y cumple el mandato del Padre, como él mismo afirma. Y por eso son uno, según lo que dice, "Yo y el Padre somos uno" (Id. X, 30). Pues en lo que dice, "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Id. XIV, 9); con fe cierta se debe creer que quien ve al Hijo, a través del Hijo ve y entiende al Padre.

25. Por la forma de siervo, has profesado que el Padre es mayor: lo cual me parece extremadamente necio. Pues sabemos, como tú mismo has presentado, que en la forma de

siervo también fue hecho menor que los ángeles. No has sido suficientemente profuso en la gloria de Dios, quien profesas que el Padre es mayor en la forma de siervo. En la forma de siervo, también los ángeles son mayores. Pues Cristo no vino para instruirnos que en la forma de siervo el Padre es mayor: sino que la Verdad vino a nosotros para enseñarnos y instruirnos que el Padre es mayor que el Hijo, y esto al Hijo que es grande Dios. Pues glorificamos al Padre de tal manera, que lo profesamos mayor que el gran Dios, que lo anunciamos más alto que el alto. ¿O es este el debido honor de Dios, que en la forma servil el Padre sea mayor, tú lo verás?

26. Dices que la divinidad se mostró a los padres: y poco antes has expuesto que ciertamente la divinidad es invisible. Se mostró ciertamente, no el Padre, que es invisible: no sea que si decimos que el Padre fue visto, hagamos al Apóstol mentiroso, quien dice, "A quien ninguno de los hombres ha visto, ni puede ver" (I Tim. VI, 16). Y no solo nos encontramos resistiendo al Nuevo Testamento, sino también al Antiguo de igual manera nos encontramos contrarios. De hecho, así dice Moisés: "No puede nadie ver a Dios y vivir" (Éxod. XXXIII, 20). El mismo Moisés describió en el libro del Génesis, que desde aquel primer hombre Adán hasta la misma encarnación siempre fue visto el Hijo. Pues si buscas testimonios, ciertamente tienes puesto al Padre diciendo al Hijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". Sigue: "Y Dios hizo al hombre" (Gén. I, 26, 27). ¿Quién ciertamente Dios, sino el Hijo? Esto ciertamente también tú lo has expuesto en tus tratados. Este, por tanto, es el Hijo que es profeta de su Padre, quien decía, "No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él" (Id. II, 18): este Hijo fue visto por Adán, según leemos a Adán diciendo, "Oí tu voz caminando en el paraíso, y me escondí, porque estaba desnudo. Tienes ciertamente que Dios le dijo, "¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo, sino del árbol del cual te mandé que no comieras, has comido?" (Id. III, 10, 11)? Este Dios también fue visto por Abraham (Id. XVIII, 1): y porque el Hijo fue visto por Abraham, si quieres creer, ciertamente el mismo unigénito Dios afirmó en el santo Evangelio, diciendo así: "Abraham vuestro padre se regocijó de ver mi día, y lo vio, y se alegró" (Juan VIII, 56). Este mismo Hijo fue visto por Jacob, quien en la figura en que iba a venir, es decir, de hombre, antes se premeditó que luchó con Jacob. Por lo cual también Jacob decía: "He visto al Señor cara a cara, y mi alma fue salvada. Y el nombre del lugar fue llamado, Visión de Dios. Esto mismo afirmando ciertamente Dios, quien en la premeditación luchaba con Jacob, lo que vemos cumplido en la pasión de Cristo. Pues dice a Jacob, "Ya no se llamará tu nombre Jacob, sino Israel será tu nombre" (Gén. XXXII, 23-30), esto es, Hombre que ve a Dios. A este también lo probamos visto en el Nuevo Testamento. De este decían los Apóstoles: "Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre" (Juan I, 14). De lo contrario, si, como tú intentas, se afirma que el Padre fue visto, todas las Escrituras son mentirosas para vosotros. Pues de hecho Pablo predica al Padre invisible (I Tim. VI, 16), y el Señor lo afirma en el Evangelio (Juan I, 18). Muchas veces nos acusas de que audazmente y presuntuosamente se dicen por nosotros cosas que no deben decirse, lo cual estará en el juicio de los lectores probar. Pues no hablamos así, para conseguir la alabanza de alguien; sino con el propósito de reunir a la fraternidad, que está con nosotros: o por la cual tal vez tú mismo te has dignado provocarnos, para que demos respuesta, para que en nosotros aquellos denotados así consientan a tu, digamos, profesión, fue necesario para mí dar respuesta por temor a Dios. Pues no solo has intentado despojarme con palabras del discipulado de ellos; sino que también has dado tu tratado, al cual es necesario que responda lo que he expuesto sobre la invisibilidad del Dios omnipotente. También tú mismo, aunque con otro propósito, sin embargo, has afirmado con tus palabras, que el Espíritu Santo fue visto en forma de paloma, y también en forma de fuego (Mat. III, 16, y Hech. II, 3): el Hijo ciertamente, en forma de hombre: el Padre, sin embargo, ni en forma de paloma, ni en forma de hombre; ni alguna vez se transformó en formas, ni alguna

vez se transformará: de quien está escrito, "Yo soy el que soy, y no he cambiado" (Éxod. III, 14, y Mal. III, 6). El Hijo ciertamente en la forma de Dios constituido ya, como tú mismo has presentado, tomó la forma de siervo, lo que no el Padre: el Espíritu igualmente santo tomó la forma de paloma, que no tomó el Padre. Sabe, por tanto, que uno es invisible, uno también incapaz y inmenso. Oro y deseo ser discípulo de las Sagradas Escrituras: pues también creo que tu Religión retiene lo que así he dado respuesta, porque si presentas que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola virtud, una sola sustancia, una sola deidad, una sola majestad, una sola gloria; si afirmas de las Sagradas Escrituras, si en algún lugar presentas la lectura escrita, deseamos ser hallados discípulos de las Sagradas Escrituras.

Maximino obispo suscribo.

Y después de la presentación de los presentes, Agustín dictó lo siguiente: Dijiste que hablo respaldado por el apoyo de los príncipes, no según el temor de Dios: pero a los hombres, a quienes Dios concede entendimiento, les queda claro quién habla según el temor de Dios; si es aquel que escucha obedientemente al Señor diciendo, Escucha, Israel; el Señor tu Dios, el Señor es uno (Deut. VI, 4); lo cual nosotros escuchamos obedientemente y predicamos fielmente: o aquel que no quiere escuchar esto de tal manera que sostiene que hay dos señores, dos dioses; y así, al introducir dos dioses y dos señores, muestra que no teme al único Señor Dios que dice, Escucha, Israel; el Señor tu Dios, el Señor es uno. Sabes, además, que tu discurso larguísimo ocupó el tiempo en el que podríamos haber respondido, y quedó tan poco del día que no fue suficiente para que al menos se nos releyeran las cosas que dijiste. Sin embargo, debes saber que todo lo que expusiste para probar que el Hijo de Dios es Dios, y un gran Dios, y que nació del Padre, y que es distinto del Padre, ya que no es el Padre mismo quien es el Hijo, se refirió a largas demoras con las que consumiste el tiempo necesario: como si debieras probarnos lo que nosotros también confesamos ser verdad. No decimos que el Padre sea el mismo que el Hijo, ni que el Padre o el Hijo sean el Espíritu Santo en la misma Trinidad. En verdad, uno es uno, otro es otro, y otro es otro: pero todos juntos son un solo Señor Dios. Porque si dijéramos que hay dos señores dioses; uno grande, otro mayor; uno bueno, otro mejor; uno sabio, otro más sabio; uno clemente, otro más clemente; uno poderoso, otro más poderoso; uno invisible, otro más invisible; uno verdadero, otro más verdadero; y si algo más has mostrado sentir de esta manera, para persuadirnos de que tenemos dos señores dioses: si dijéramos esto, el mismo Dios nos reprendería, diciendo lo que ya he mencionado, Escucha, Israel; el Señor tu Dios, el Señor es uno. Como si nos dijera: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? (Salmo IV, 3). ¿Por qué os hacéis dos señores dioses? ¿Por qué no queréis escucharme cuando clamo, Escucha, Israel, el Señor tu Dios, el Señor es uno; sino que clamáis contra mí, Nuestros señores dioses son dos? ¿Acaso haríais esto si quisierais ser Israel? Pues este nombre se interpreta como Hombre que ve a Dios; te ruego, perdona, si tú no quieres, yo quiero ser Israel. Quiero, en efecto, ser contado entre aquellos a quienes se les concede ver a Dios. Y le damos gracias porque nos hace ver ahora a través de un espejo en enigma, pero entonces cara a cara, como dice el Apóstol (I Cor. XIII, 12). Vemos, por tanto, gracias a su don, aunque todavía a través de un espejo en enigma, sin embargo, vemos cómo no son dos cosas contrarias, que uno sea el Padre, otro el Hijo, otro el Espíritu Santo, y sin embargo estos tres juntos sean un solo Señor Dios. He hecho, como he podido, para que tú también lo veas: pero preferiste resistir, porque no quisiste ser Israel. Pero si tal vez aún no puedes ver esto, cree y verás. Pues estas cosas se ven entendiendo, no mirando con los ojos de la carne. Y sabes que el profeta dijo, Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9). Cuando escuchas, El Señor tu Dios, el Señor es uno; no hagas dos señores dioses, Padre e Hijo. Y cuando escuchas, ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que tenéis

de Dios?; y en el mismo lugar: ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? (I Cor. VI, 19, 15): cuando escuchas esto, no niegues que el Espíritu Santo es Dios, para que no hagas templo de la criatura los miembros del Creador. Primero cree que estos tres, en sus respectivas personas, son tres, y sin embargo juntos no son tres señores dioses, sino un solo Señor Dios: y el mismo Señor dará al creyente y al que ora entendimiento, para que lo que crees, también merezcas verlo, es decir, entenderlo. Pues considera diligentemente todo lo que dijiste en tu extensa disertación, y verás que desciende de este error, por el cual hacéis dos señores dioses, contra la clarísima voz del Señor Dios que dice, El Señor tu Dios, el Señor es uno: y negáis que el Espíritu Santo es Dios, cuyo templo santo no podéis negar. Esto, por ahora, después de nuestra Conferencia, en la que hablamos alternadamente, será suficiente para haberte advertido: pero si el Señor quiere, ya que es largo, y tú te apresuras a regresar, pondré nuestras exposiciones ante los ojos de quienes quieran leerlas, con la mayor claridad que pueda, y te mostraré, quieras o no, que quisiste probar con verdaderos testimonios divinos, pero con falsas doctrinas vuestras.

Y de otra mano: Agustín obispo he suscrito.

También de otra mano, Máximo: Cuando hayas explicado este libelo y me lo hayas enviado, si no he respondido a todo, entonces seré culpable.

Terminaron los Actos. He comparado.